

"El producto contingente" y el educador coyuntural

Pedro VÍllora

El teatro político ya no es lo que era, porque ha cambiado el teatro, claro, pero también porque la política ha dejado de parecerse a sí misma, o a aquello que se creía. Alberto Miralles, que nació tras la Guerra Civil y por tanto ha conocido la Posguerra Civil, la Transición, la segunda Transición y hasta el hoy de los que se habla en "El producto contingente", no sólo no está "limpio de pasado", sino que deja entrever en textos como este una sombra de frustración y desengaño, de amargura, de tristeza no sé hasta qué punto desesperanzada. Porque el futuro que, en aquel entonces que no hace falta precisar, se preveía, no tenía entre sus fundamentos la indefinición, la homogeneidad, el aburrimiento de lo igual, lo monocorde; el hastío de lo uniforme, la insatisfacción de aquello que no tiene alternativas, la agonía callada del encierro que no lo parece.

Miralles nació y creció en años de opresión; pudo ser sumiso y plano, como los adeptos de su generación, pero se formó enérgico y combativo junto a aquellos que creían en la llegada de un cambio. A día de hoy, millones de españoles que no han conocido otro sistema que el democrático ya han llegado a la edad de voto, ya son electores y elegibles, candidatos y cándidos. La obra de Miralles es la misma para todos, pero la lectura que sus coetáneos hagan estará condicionada (o debería estarlo) por la certeza de que son ellos, y no otros, los que han permitido que el conformismo -el cansancio- haya ocupado el lugar que antaño fuese propio de la ideología; mientras, la de los jóvenes será... ¿cuál será?; ¿cómo saber del pensamiento de lo que no ha sido programado para pensar?; ¿qué esperar de lo que no tiene reacciones, sino impulsos? Porque lo dramático de esta obra no es que la política ya no importe -que quizá es que no tiene por qué importar, o no tanto-, sino que los individuos -la sufrimos, la desarrollamos, la padecemos, la utilizamos- nos estamos convirtiendo en seres intercambiables que ni siquiera podemos estar seguros de creer en lo que realmente creemos, porque quizá esa creencia no es nuestra sino fruto de una educación que no sólo no la hemos pedido, sino que quizá tampoco es la que nos merecemos.

Véase, si no, el pobre Producto, ese "hombre sin personalidad" que espera algo, no sabe qué; que mira tímidamente, que se asusta, que no sabe qué hacer, que se siente observado, cuya mayor actitud de protesta es levantarse de una silla; que sin embargo es capaz de decir aquello que, si es cierto y significa algo, sí vale la pena decir: "Quisiera saber...". ¿Cómo no sentirnos cercanos a este producto que se siente tan incómodo como casi cualquiera en una situación

desconocida, que procura no molestar y que aguanta lo que le echen por no enfrentarse, por no tener argumentos para decidir si lo que los demás hacen por él y con él es lo que quiere o no?

¿De dónde viene? No importa. ¿Por qué está ahí el Producto, quién lo ha llamado, quién lo ha traído hasta aquí? Tampoco es preciso contestar. ¿Por qué se queda, por qué no se marcha? Pero la pregunta es: ¿quién se iría en su lugar?; ¿quién se atrevería a renunciar por no traicionar sus convicciones?; ¿quién tiene convicciones que traicionar?; ¿quién no diría, incluso, que mejor uno mismo que no cualquier otro peor que seguro aceptaría?

Podría decirse que "El producto contingente" es teatro político, y aun que se trata de una obra sobre el poder, pero mucho me temo que eso sería rebajar las pretensiones de un texto importante hasta el nivel de lo que ya no importa, de lo que ya es pura contingencia. Si el orden moral existente hoy, si la inoperancia social ha llegado a los límites supuestos por Miralles, será señal de que lo humano radical, de existir, no ha de ser buscado en estos detalles menores. Si la política no da ya para más, quizá no haya que lamentarlo, sino reconocer que la política, pese a lo que se creyó en ese pasado tan próximo, quizá sea algo pasajero, un instrumento meramente utilitario y no otra cosa. Si por este camino se ha fracasado -o se ha encontrado un fracaso, que no es lo mismo-, tal vez lo erróneo sea el objetivo, no el sendero.

Puede que la política no sea algo más, sino algo menos; nada que ver, en cualquier caso, con "El producto contingente". Como tampoco el poder, que no es más que un fenómeno relativo del que todos disponemos respecto de unos entes, y por el que somos dispuestos según voluntad de otros. Hablar de poder sólo en términos de política y corrupción, es no considerar sino una parte de sus manifestaciones. Es lo mismo que quedarse en los aspectos que anclan "El producto contingente" a una realidad concreta -pádel, Pemán, puño, Comunidad de Madrid, república, rey Juan Carlos...-, sin aprovecharlos para acceder, trascendiéndolos, hasta capas superiores del individuo. Porque no es ya que esta obra esté hablando de cómo en la política de hoy todos son iguales dado que no existe una ideología férrea sino una mera adecuación al entorno, y donde cuenta más la adaptabilidad que la firmeza. Es cierto que esto está en la obra, pero Miralles va más lejos, y llega hasta la raíz de cualquier comunidad: la transmisión del pensamiento.

La educación es la aproximación del sujeto a la conciencia social, a su configuración como individuo pensante que -aun en el rechazo y desde el aislamiento- sólo pueda entenderse a sí mismo como continuación de un saber

colectivo que lo engarza a otros seres y que debe ser transmitido a nuevos sujetos que, de este modo, garantizarán la continuidad de este pensamiento básico que condiciona cualquier percepción. No hay más realidad que la realidad inteligible, y hasta aquella que no se entiende se entiende como tal. Las interferencias, la dejadez, la degradación de los educadores, hacen que este pensamiento se adultere y se aleje progresivamente de su pureza inicial. "El producto contingente" habla de esta degeneración en la que se ha perdido el nombre, la intención, de aquello que debía ser contado. Como los ancianos de la tribu, con la experiencia de los años y el mucho padecer, Miralles observa, analiza y se preocupa ante los datos resultantes; comprueba que no se sabe lo que se tiene que saber, que no se dice lo que ha de ser dicho. Decide actuar, por tanto, y exponer no lo evidente, sino sus efectos, y que después, quien quiera entender, que entienda, y quien no, que siga siendo maleable, contingente, débil, insolvente, ignorante, incapaz.

Porque creer que la corrupción se queda en los sistemas de partidos, en la formación de candidatos electorales, en las listas consensuadas, en las votaciones, en los pactos preelectorales, electorales y postelectorales, es no darse cuenta de que la realidad es mayor y más vieja, de que todos estos hechos son simplemente coyunturales, evanescentes, de una vulgaridad espantosa. La corrupción comienza el primer día en que se calla un dato y se oculta, sea por malicia, descuido o indiferencia. Es entonces cuando empieza a privarse de herramientas al individuo, y con él a su entorno, y con el entorno a la entera humanidad. Al final, sólo la intuición de los artistas es capaz de advertir las fallas y avisar de su peligro. Al final, sólo hombres como Alberto Miralles son capaces de escuchar el eco de los saberes perdidos y restituir a los sonidos su sentido original.